

UN DÍA DE ESTOS

Ha entrado en casa como si viniera deprisa porque se le ha hecho tarde. Hace ruido al colgar el abrigo y al dejar las llaves en el cuenco de cerámica de la entrada. Comienza a hablar desde el salón levantando un poco la voz. Sabe que ella está en el dormitorio por el reflejo de la luz en el pasillo o bien porque hoy aparcó enfrente y ha visto la ventana iluminada desde la calle. Qué más da.

Sigue hablando mientras repasa las cartas que hay sobre la mesa del comedor y enciende la tele con el mando a distancia. Se apresura a bajar el volumen para seguir con su perorata-monólogo a la vez que cambia varias veces de canal. Se quita la americana y la cuelga en el respaldo de una de las sillas.

Ella apenas le presta atención porque ya conoce innumerables versiones del mismo tema. Parece mentira que con lo listo que es no se dé cuenta de que se repite; aunque incluya pequeñas variaciones, la esencia siempre es la misma: un jefe desconsiderado que les retiene fuera de horario, un complicadísimo problema informático o una cantidad ingente de trabajo porque fulanito está de baja.

Oye como enfila el pasillo. Sabe que va ralentizando los pasos mientras se afloja el nudo de la corbata, eso le permite desabrochar los incómodos botones del cuello y continuar con los del resto de la camisa. Deja los puños para el final, lo tiene perfectamente cronometrado para, mirándose las manos, cruzar la puerta de la habitación diciendo:

—En definitiva, cariño, una tarde horrible para nada. Volveremos a reunirnos cuando funcione la aplicación. Éstos de informática se creen que no tenemos otra cosa que hacer. Encima tenían la calefacción a tope y estoy hecho un asco, voy a darme una ducha.

Ella finge que se lo cree mientras sigue doblando y ordenando sobre la cama la ropa menuda de la colada de esta mañana. No dice nada, se gira y le muestra la triste sonrisa que arrastra desde hace demasiado tiempo; y el nuevo peinado; y las uñas pintadas, y el vestido de las últimas rebajas y...nada, tampoco hoy ha visto nada. Lo suponía, sin embargo quiso agotar hasta la última oportunidad.

Saca de debajo de la cama la maleta que ya tenía preparada, coge su abrigo y su bolso y sale de casa como ha vivido: sin hacer ruido. No hay lágrimas ni vuelta atrás.

Él mira ensimismado como su culpa desaparece por el desagüe. Cierra la ducha, respira hondo y dice:

—Nena, acércame una toalla, anda. ¿Qué tenemos para cenar?

—¿Nena?

—¡Nena!